

PRESENCIA DE DIOS EN LA HISTORIA

Martín Gelabert Ballester, O.P.

Facultad de Teología
Valencia

1.- EL CREDO DE ISRAEL Y EL CREDO CRISTIANO

El Dios de la revelación judeo-cristiana es un Dios que se relaciona con el hombre. No es un Dios abstracto, lejano, que se desentiende de su creatura y de su creación, sino un Dios personal, implicado en la vida de los hombres, un Dios que entra en la historia, aunque sin confundirse con la historia. Es el Señor de la historia. Por eso, conduce los acontecimientos, sin mezclarse con ellos. Está muy presente, pero guardando la distancia. Es trascendente en su inmanencia. Más presente a nosotros que nuestra propia intimidad, pero también trascendente, distinto, “otro”. Esta es la paradoja. No es el Dios del deísmo, que se desentiende del mundo; pero tampoco es el Espíritu hegeliano, que se despliega en la historia y se confunde con ella, un Dios que cobra conciencia de sí mismo al desplegarse, de modo que casi necesita de la historia para ser Dios.

Para el Antiguo Testamento, la fe podría resumirse como el reconocimiento de la intervención salvífica de Dios en la historia. Abraham es la primera gran figura bíblica que encuentra y discierne en su propia historia la presencia de Dios. Pablo llama a Abraham “padre de la fe” (Rm 4,11), porque se fió de la palabra que Dios le dirigía y en ella fundamentó su vida y su futuro.

El segundo gran personaje de la historia de Israel que supo discernir la presencia de Dios en la historia fue Moisés. El Dios de Moisés escucha el clamor de su pueblo, oprimido por los egipcios, conoce sus sufrimientos y decide “bajar para librarle de la mano de los egipcios y llevarle a una tierra buena, que mana leche y miel” (Ex 3,7-8). Este Dios encarga a Moisés que diga a los ancianos de Israel: “Yo os he visitado” (Ex 3,16). Se trata de un Dios solidario con su pueblo.

Así se explica que cuando Israel confiesa su fe, en realidad cuenta la historia de las intervenciones de Dios en su favor: “Mi padre era un arameo errante que bajó a Egipto y residió allí como inmigrante... Los egipcios nos maltrataron, nos oprimieron y nos impusieron dura servidumbre. Nosotros clamamos a Yahvé, Dios de nuestros padres, y Yahvé escuchó nuestra voz; vio nuestra miseria, nuestras penalidades y

nuestra opresión. Yahvé nos sacó de Egipto con mano fuerte... Nos trajo aquí y nos dio esta tierra que mana leche y miel" (Dt 26,5-9).

Este Credo proclama la libertad, el poder, la fidelidad y el amor de Dios que libra a su pueblo de la esclavitud de Egipto. Cada generación debe reconocer este hecho y renovar su compromiso. Con ocasión de la gran fiesta anual de la Pascua, el israelita confiesa su Credo y lo transmite a sus hijos (Ex 12,26; 13,8; Dt 6,20). Dios se da a conocer en la historia del pueblo, en acontecimientos y gestas liberadoras, en el lenguaje de los hechos, revelando así su divinidad y soberanía. Hasta tal punto que la historia de este pueblo se entiende como una historia de fe. Y su credo, la expresión de su fe, es la confesión de que Dios ha actuado en su historia. Confesión que no sólo apunta al pasado, sino también al presente y al porvenir: Dios sigue actuando, sigue presente, conduciendo la vida de los que le son fieles.

El Credo cristiano se ancla en este modelo. Según el Nuevo Testamento también Dios obra en la historia del hombre. Pero la mirada del creyente se fija casi exclusivamente en un único acontecimiento, el advenimiento de Jesucristo. En Jesucristo, Dios interviene de forma definitiva; en Jesús llega y se hace presente el Reino de Dios, y Dios acredita a Jesús como "Señor". De modo que la pregunta que plantea el Nuevo Testamento es: ¿crees tú esto?

El cristianismo no es un sistema entre otros. Es un hecho. Dios ha venido a la tierra, ha nacido en un lugar, una fecha y una madre determinados. Ha crecido. Ha hecho el bien por todas partes por donde ha pasado. Sus contemporáneos y, sobre todo, los más cercanos a él, han tocado su piel, sentido el olor de su cuerpo. Por eso, al cristiano no se le pide que se adhiera a un sistema filosófico. Se le pide que crea una historia, la historia de Jesús.

¿Crees que en la historia de Jesús, que nació en una fecha concreta, siendo Augusto emperador de Roma, que vivió en un lugar geográfico concreto, que actuó bajo el régimen del emperador Tiberio y lo mataron por orden del procurador Poncio Pilato, crees que en Jesús Dios ha manifestado su ser y su voluntad de forma definitiva y ha dicho todo lo que tenía que decir? Los cristianos, mirando la historia de Jesús, descubrimos la presencia de Dios y sus buenos designios de amor para con el hombre.

2.- ¿CÓMO INTERVIENE DIOS EN LA HISTORIA?

Conviene formular una pregunta que nos ayudará a comprender mejor de qué modo interviene Dios en la historia, tanto según el Antiguo Testamento como según el Nuevo Testamento: ¿cómo interviene Dios en la historia, cómo se hace presente en ella, cómo conduce los acontecimientos? No lo hace directamente. Cuando se dice que Dios guía a su pueblo, eso no significa que se ponga a la cabeza del pueblo. Dios, en cuanto tal, habita en una luz inaccesible (1 Tim 6,16), nadie lo ha visto jamás (Jn 1,18). Cuando actúa lo hace a través de Moisés. Es Moisés el que se pone al frente del pueblo, conduciéndolo a la liberación. Y es Moisés el que, cuando el pueblo ha recobrado la libertad, le entrega las “diez palabras”, el decálogo, los diez mandamientos, en suma, le transmite la voluntad de Dios (Ex 20,1-21), que no es otra que el cumplimiento de lo que hoy se conoce como “derechos humanos”: no matar, no robar, no mentir... Los hombres son los que disciernen la voluntad de Dios cuando defienden los derechos humanos (diez mandamientos) y realizan obras liberadoras (salida de Egipto).

Después de que el pueblo escucha una serie de discursos de Moisés en los que se manifiesta la voluntad de Dios, el libro del Éxodo tiene una expresión sorprendente: “creyeron en Yahvé y en Moisés” (14,31). El pueblo cree en Yahvé, sí, pero Moisés es el que les convence de que Dios dice lo que dice y quiere lo que quiere y, por eso, a quién directamente creen es a Moisés. Dios siempre actúa a través de mediaciones y de mediadores humanos. Precisamente por eso, porque actúa a través de mediaciones y mediadores humanos, a veces no resulta fácil discernir cuál es la voluntad de Dios. No es fácil creer que es Palabra de Dios, lo que en realidad es palabra humana.

Hay otro detalle importante que debemos considerar: la conducción de la historia por parte de Dios, respeta siempre la libertad del hombre y, justamente para respetar esta libertad, Dios no interviene directamente, no se impone, no apabulla con su presencia. De ahí que el pueblo puede desobedecer a la voluntad de Dios: es un pueblo de dura cerviz (Ex 32,9), son unos cabezotas, prefieren seguir sus propios deseos y caprichos antes que obedecer a Dios. Porque obedecer a Dios nunca es fácil, siempre nos descentra, nos saca de nosotros mismos.

El Nuevo Testamento presenta a Jesús como el “nuevo Moisés”, que conduce a su pueblo a la verdadera tierra prometida, que es el seno del Padre. Dios, a través de las palabras y obras de Jesús, imprime una nueva orientación a la historia para que se ajuste a sus designios. Podríamos decir que, según el Nuevo Testamento, Dios quiere que su reino llegue a todos e impregne toda realidad. Por eso Jesús anuncia que el reino ha

llegado con su persona y realiza las obras del reino: cura a los enfermos, devuelve la esperanza a los oprimidos, perdona los pecados. Las obras del reino son las que redundan a favor del ser humano. Pero, como sucedía en el caso de Moisés, el Dios de Jesús cuenta con la libertad humana. Por eso, es posible rechazar a su enviado, y eso hasta el punto de que el mensajero y el instaurador del reino acaba crucificado, máxima expresión de la libertad y del pecado del mundo.

3.- EL ESPÍRITU ANIMA LA VIDA DE LA IGLESIA Y DE LOS CREYENTES.

Jesús de Nazaret ya no está entre nosotros. Lo mataron, pero, según la fe cristiana, Dios le resucitó. La resurrección sitúa a Jesús en el mundo de Dios. Pero no le aleja del mundo. Sigue estando presente de un modo nuevo, de otra manera. Sigue actuando en la historia y conduciéndola “a su favor”. Jesús resucitado está presente en el mundo por medio de su Espíritu. De hecho, la presencia histórica de Jesús estaba sometida por su misma esencia a un tiempo y espacio limitados. El Espíritu de Jesús nos abre a nuevos espacios, pero con la precisa función de hacer presente a Cristo: “recibirá de lo mío y os lo comunicará a vosotros” (Jn 16,14-15). De este modo la misión del Espíritu no es una especie de compensación por la ausencia de Jesús, sino el modo en el que el Jesús histórico se hace presente en la Iglesia después de su subida al cielo. Sin el Espíritu, Cristo sería a lo sumo un dato del pasado, no una presencia viva y permanente. Jesús permanecería hoy mudo e ineficaz si no fuera por la presencia del Paráclito, que no es solamente la memoria de Jesús, sino su actualización viva en el tiempo, la manera como hoy se hace presente.

Esta presencia es algo más que una continuidad de su mensaje. Cristo mismo actúa, por medio de su Espíritu, a través de los creyentes. Además, se trata de una presencia siempre actual, que responde a las necesidades de cada momento. Esto es posible porque el Espíritu actualiza la obra de Cristo y nos enseña cómo situarnos en “lo que va viniendo” (Jn 16,13). Por medio de los creyentes, dóciles al Espíritu, se hace presente Cristo en la historia. Gracias al Espíritu, Cristo no sólo se hace presente en la historia; se hace presente teniendo en cuenta la evolución de la historia para así responder a las nuevas condiciones y desafíos de la historia.

El cristiano no repite lo que Jesús hizo, entre otras cosas porque eso es imposible. Cada uno es único e irrepetible. El cristiano es el que se deja conducir por el Espíritu de Jesús, que adapta y actualiza en nuestra vida la obra de Cristo. Un ejemplo sencillo: la

mayoría de los cristianos están casados. Si ser cristiano fuera repetir a Cristo, entonces la Iglesia sería una Iglesia de solteros y se acabaría el cristianismo en la primera generación de cristianos.

El Espíritu, actualizando a Jesús, nos hace leer su mensaje a la luz de los nuevos tiempos y nos mueve a realizar la obra de Jesús en función de las personas y necesidades de nuestra época. El Espíritu, por tanto, toma de lo de Jesús, porque se trata de seguir viviendo del mismo Cristo. Pero interpreta lo que viene para que Cristo no sea ineficaz. Así, “el recuerdo de lo que Jesús dijo se cumple en lo inédito de la historia, en respuestas nuevas”¹.

El Espíritu, teniendo en cuenta los nuevos tiempos y las necesidades nuevas que van surgiendo, pone en boca de los predicadores las palabras oportunas para que el Evangelio sea mejor comprendido y aceptado; suscita profetas que discernen la presencia de Dios en los acontecimientos y denuncian aquellas realidades que se oponen a la presencia del Reino; mueve a mujeres y varones en la creación de instituciones adecuadas para hacer operante el Evangelio; despierta nuevos carismas para el servicio de la Iglesia y de la humanidad.

Esta actualización que produce el Espíritu choca, sin duda, con inercias, costumbres, intereses creados, inmovilismos de todo tipo, situaciones establecidas, defensas del *status quo*. Entonces lo nuevo puede convertirse en sospechoso, mientras que lo antiguo se idealiza. Se multiplican las llamadas a la prudencia, a permanecer leales a la institución. Se busca seguridad en la repetición descontextualizada y, por lo tanto, infiel. La obra del Espíritu nunca es fácil, a veces parece muy lenta. Choca con el pecado y la limitación humana. Aún así, el Espíritu, de forma suave y callada, sigue introduciéndose por las más pequeñas rendijas, mantiene viva la llama de la inconformidad, produce novedades inesperadas.

4.- EL ESPÍRITU IMPULSA A LEER LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS

4.1.- Descubrir la presencia de Dios en los acontecimientos históricos

La actualización de la obra de Cristo requiere prestar atención a los signos de los tiempos y leerlos desde la fe. Solo teniendo en cuenta la realidad es posible hacer presente a Cristo en ella. Moisés supo leer en los deseos liberadores de sus contemporáneos la voz de Dios y, movido por el Espíritu, condujo al pueblo por caminos

¹ YVES M.-J. CONGAR, *El Espíritu Santo*, Herder, Barcelona, 1983, 87.

liberadores. Tomando como referencia este momento fundacional de la fe bíblica, los Obispos latinoamericanos dijeron que el creyente puede atisbar la presencia salvífica de Dios cuando se da el paso de condiciones de vida menos humanas a condiciones de vida más humanas². Importa, pues, para detectar la presencia salvífica de Dios, reconocer qué acontecimientos nos hacen más humanos y cuáles son los que impiden este acceso a una vida más digna y más humana.

Las parábolas de Jesús indican muy claramente dónde es posible encontrar, favorecer y realizar espacios en los que se haga presente, ya en este mundo, el Reino de Dios: en un banquete en el que todos los seres humanos, sobre todos los pobres, son acogidos; en el propietario de un campo que ofrece un sueldo generoso a quién no se lo ha ganado; en una persona despreciada y mal vista que interrumpe su viaje para ocuparse de un herido al borde del camino, que nunca se hubiera comportado así con la persona que le atendía. En suma, Dios se hace presente cuando se crean las condiciones para un encuentro fraterno, liberador y gratuito. Es lo que indica directamente la parábola del juicio escatológico, en dónde el Rey explica a los que tuvieron compasión y misericordia con su prójimo que, en realidad, a quién estaban atendiendo y con quién se estaban encontrando, era con Dios mismo (Mt 25,31 ss.).

En esta línea, Jesús invitaba a sus contemporáneos a leer lo que él mismo denominaba signos de los tiempos. Ante la provocación de los fariseos y saduceos que se acercan a él para pedirle una señal del cielo, o sea, una presencia de Dios en este mundo, Jesús les respondió: “¿Con qué sabéis discernir el aspecto (meteorológico) del cielo y no podéis discernir las señales de los tiempos!” (Mt 16,3) (en las que se hace presente el Reino). La expresión hizo fortuna en el Vaticano II, aunque ya la utilizaron Pío XII y Juan XXIII³.

4.2.- Valorar los acontecimientos a la luz de la fe

Con todo hay una diferencia entre el uso bíblico de la expresión y el uso que de ella hacen el Magisterio y la teología contemporánea. Los modernos ya no la usan en el

² CONFERENCIA EPISCOPADO LATINOAMERICANO, *Documentos de Medellín*, 6.

³ Pío XII la utilizó por primera vez, de modo impreciso, en dos radiomensajes, el 24 de diciembre de 1947 y el 21 de abril de 1957. Juan XXIII, en la constitución *Humanae Salutis*, del 25 de diciembre de 1961 la introdujo en el habla oficial de la Iglesia. Posteriormente la expresión se encuentra en el Vaticano II (GS, 4, 11 y 44; UR, 4; DH, 15; PO, 9), en la *Pacem in terris* de Juan XXIII, en la *Ecclesiam Suam* de Pablo VI, y en los documentos de Medellín y Puebla del Episcopado Latinoamericano.

sentido de señal de la presencia escatológica del Reino, sino de la valoración de los acontecimientos históricos del mundo actual. Hay fenómenos (deseos de libertad y autonomía, anhelos de paz y justicia, clamor de los pobres por su liberación, reclamos de algunos colectivos por sus derechos) que llevan en sí mismos una disposición particular al evangelio, que son portadores de valores que podríamos considerar inspirados por el Espíritu y que pueden hallar su cauce y su complemento en la mirada de la fe⁴.

Uno de los inspiradores y antecedentes de la teología de los signos de los tiempos fue el teólogo dominico francés Marie Dominique Chenu. Ya en 1937 se refería a una serie de signos de los tiempos nuevos que despuntaban y que posteriormente serían objeto de su reflexión: final del colonialismo, mundo más solidario y unificado, pluralismo cultural, ecumenismo, acceso de las masas a la vida pública, mundo del trabajo, participación de los laicos en el apostolado de la Iglesia.

Tan interesante como esta reflexión de Chenu sobre los modernos signos de los tiempos, es su descubrimiento (por decirlo de alguna manera) en algunos teólogos medievales de la teología de la historia, o sea, del valor teológico de los acontecimientos históricos, comenzando por Hugo de san Víctor, quien propicia una toma de conciencia del dato cristiano como una serie de eventos en los que es posible percibir valores humanos y divinos en la historia. Los días del Génesis, por ejemplo, no los interpreta en sentido alegórico, como una clasificación jerárquica de las diferencias naturales (Agustín), sino que sirven de apoyo para una teología que considera las intervenciones de Dios en el transcurso del tiempo, en una sucesión de acontecimientos históricos. La voluntad de Dios hay que buscarla en los eventos, no en las verdades abstractas⁵.

La teología de los signos de los tiempos o la teología de la historia, viene a demostrar Chenu, no es un descubrimiento moderno. De algún modo está presente en toda la historia de la Iglesia y en toda la historia de la revelación. A nosotros nos toca saber actualizar esta teología y continuar descubriendo la acción de Dios en nuestra propia historia, en la historia de nuestra nación, en la historia de la humanidad y en la historia de la Iglesia. En todos los campos en los que hoy sigue actuando Dios por medio

⁴ Cf. JESÚS ESPEJA, *Encarnación continuada. En la herencia del Vaticano II*, San Esteban-Edibesa, Salamanca-Madrid, 2007, 174. A propósito de los signos de los tiempos, indico dos de mis publicaciones: MARTÍN GELABERT, *La revelación, acontecimiento fundamental, contextual y creíble*, San Esteban-Edibesa, Salamanca-Madrid, 2009, 125-128; y *Marie Dominique Chenu: Tomàs d'Aquino, mestre d'espiritualitat*, Portic, Barcelona, 2010, 23-37.

⁵ M.-D. CHENU, O.P., *La théologie au douzième siècle*, Librairie philosophique J. Vrin, 1957, sobre todo el capítulo III: Conscience de l'histoire et théologie, págs. 62-89.

de su Espíritu. El Papa Francisco nos invita a ello, al proponer a las cristianas que parecerían más alejadas de la realidad, las monjas contemplativas, como las que saben “comprender la importancia de las cosas... porque contemplan el mundo y las personas con la mirada de Dios, allí donde por el contrario, los demás tienen ojos y no ven (Sal 115,5; 135,16; cf Jr 5,21), porque miran con los ojos de la carne”⁶. Y, de forma más genérica, dirigiéndose a todos los cristianos, dice el Papa: es sano prestar atención a la realidad concreta, porque “las exigencias y llamadas del Espíritu Santo resuenan también en los acontecimientos de la historia”⁷.

4.3.- Encontrar respuestas en la realidad actual

En lo que se refiere al conjunto de la Iglesia, considero que debemos valorar como signos de los tiempos aquellos acontecimientos históricos que logran alcanzar un consenso universal y que, tanto al creyente como al no creyente, le plantean una pregunta. ¿Cuáles son los signos que hoy interpelan a nuestras sociedades?, ¿cómo interpretarlos?, ¿es posible discernir en ellos la presencia del Espíritu? El P. Chenu consideraba significativos para su tiempo acontecimientos tales como el ecumenismo, la nueva manera de entender el trabajo o la promoción del laicado. Hoy nos interpelan nuevas realidades, como la mundialización de las comunicaciones a través de internet, la fragmentación de la política, la presión migratoria hacia la Unión Europea (desde África, países del Este de Europa y países islámicos en guerra), la violencia religiosa y anti-religiosa, las nuevas pobrezas, los atentados ecologistas, el pluralismo cultural y religioso, las nuevas maneras de comprender el matrimonio, la familia, la vida en pareja y de valorar la sexualidad.

Ante la interpelación de estos y otros acontecimientos el Papa Francisco propone la medicina de la misericordia, que lejos de ser un remedio barato que no se enfrenta a los problemas, es una exigencia para resolverlos de manera más evangélica. La pregunta que debemos plantearnos una y otra vez es: ¿qué dice el Espíritu a las Iglesias y a los creyentes a la vista de tales hechos, cómo descubrir en ellos la presencia silenciosa pero real de Dios? Y sobre todo: ¿qué soluciones concretas, qué respuestas ofrecer? ¿Cómo traducir hoy lo que decían los primeros cristianos: “hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros” (Hech 15,28)? ¿Cómo y qué decidimos hoy el Espíritu Santo y nosotros?

⁶ *Vultum Dei quaerere*, 10.

⁷ *Amoris Laetitia*, 31.

5.- EL ESPÍRITU REMITE A NUESTRA PROPIA RESPONSABILIDAD

Las decisiones las tomamos “el Espíritu santo y nosotros”, pero no en el mismo nivel. No podemos hacer responsable al Espíritu de todas nuestras actuaciones ni tampoco pensar que Dios decide por nosotros. El Espíritu impulsa, promueve, suscita, orienta. Pero las soluciones son nuestras. La fidelidad a la obra del Espíritu, en el seguimiento de Cristo, supone la madurez personal, pues remite a la propia responsabilidad. El responsable de las actualizaciones exigidas por el Evangelio es el propio sujeto humano. El Espíritu sugiere, pero no nos sustituye, no da soluciones concretas. Las soluciones son humanas. Porque son humanas, es posible que haya distintas respuestas a un mismo impulso del Espíritu⁸. Estas diferencias son la prueba de que el Espíritu se adapta a cada personalidad, respetando nuestra libertad y nuestra sensibilidad. Hay otra circunstancia que también explica la diversidad de respuestas al mismo impulso del Espíritu, pues las soluciones que se toman, las respuestas del creyente, están condicionadas por la realidad y por circunstancias que no siempre es posible controlar.

El Vaticano II notó que “una misma concepción cristiana de la vida, puede conducir a soluciones divergentes”. Esto sólo es posible si la solución no depende únicamente de la concepción cristiana de la vida, sino del análisis que hacemos de la situación o problema que requiere una solución. El distinto análisis conduce a soluciones que pueden ser divergentes. Guiados por la misma sinceridad y deseo de fidelidad a Cristo, grupos de creyentes pueden elegir soluciones distintas ante un problema profesional, económico o político. Puede darse entonces una tentación que el Concilio formula así: “muchos tienden fácilmente a vincular su solución con el mensaje evangélico”. El Concilio advierte que este es un camino equivocado pues “a nadie le está permitido reivindicar en exclusiva a favor de su parecer la autoridad de la Iglesia”. Reivindicarla o utilizarla. La solución está en buscar la luz “con un diálogo sincero, guardando la mutua caridad y la solicitud primordial por el bien común”⁹.

⁸ “El Espíritu habla y actúa a través de los acontecimientos de la vida de cada uno, pero los eventos en sí mismos son mudos o ambiguos, ya que se pueden dar diferentes interpretaciones” (Eso se puede leer en el documento preparatorio de la XV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*, 2017, II, 2).

⁹ *Gaudium et Spes*, 43

En un contexto diferente, Tomás de Aquino se pregunta si el sujeto humano debe realizar en todo momento la voluntad de Dios. Responde sin dudar: sí. Pero ante la pregunta que parecería clave: ¿y cuál es la voluntad divina en el aquí y el ahora?, el santo responde sorprendentemente: no lo sé. Citemos sus palabras exactas: “podemos saber de una manera general cuál es el objeto querido por Dios, pues sabemos que todo lo que Dios quiere, lo quiere en cuanto bien. Por eso, todo el que quiere alguna cosa por este mismo motivo tiene una cierta conformidad con la voluntad divina en cuanto al motivo de querer. Pero en particular (en la solución que hay que dar a un problema concreto), ignoramos lo que Dios quiere”¹⁰.

Cuando buscamos el bien y pretendemos hacer lo que consideramos que es bueno (para los demás y para uno mismo) actuamos en conformidad con la voluntad de Dios, que siempre quiere lo bueno. Pero cuando se trata de ofrecer una respuesta particular o una solución concreta, no sabemos lo que Dios quiere. No sabemos qué decisión tomaría Dios ante dos o tres caminos distintos que parecen todos buenos (bien porque todos me parecen buenos a mí, o bien porque uno me parece a mí bueno y un segundo camino le parece bueno a otro creyente). Así se explica que en la búsqueda de lo bueno (que es formalmente la voluntad de Dios), puedan darse soluciones distintas cuando se trata de concretar eso bueno.

Evidentemente, el responsable de la solución es el que la toma. Y por más que en ella busquemos la voluntad de Dios, precisamente porque es una decisión humana, no puede identificarse con lo que Dios haría en ese momento, ni con la mejor o la única de las soluciones posibles. Ciertamente, la solución adoptada es la mediación del Evangelio. Pero como esta solución depende de un análisis falible, por humano, no podemos absolutizarla. Por esto son posibles soluciones y caminos distintos inspirados en el único evangelio y por personas que profesan la misma fe.

Todavía más. Pues cuanto más descendemos a los detalles, cuanto más concretamos, mayores pueden ser las diferencias entre soluciones inspiradas en la misma concepción cristiana de la vida y en el mismo deseo de responder a la voluntad de Dios. En su exhortación *Amoris Laetitia* el Papa ha recordado que, según Tomás de Aquino, cuanto más se desciende a lo concreto y a lo particular, tanto más difícil es

¹⁰ *Suma de teología* I-II,19,10, ad 2

ofrecer una norma general, pues tantas más excepciones ocurren. O dicho de otro modo: tanto más aumenta la indeterminación¹¹.

La claridad y la seguridad es total cuando nos quedamos en los principios generales. Ahí está clara la voluntad de Dios: hay que hacer el bien y evitar el mal. Las dudas y diferencias vienen cuando nos preguntamos cómo hacer el bien y evitar el mal en cada caso concreto y, a veces, en situaciones dónde se rompen todos los esquemas. Lo concreto depende de circunstancias particulares que no todos pueden entender, bien porque no las han vivido, bien porque no las conocen a fondo, o bien porque las analizan de distinto modo y priman distintos matices. Así se explica el gran respeto que la Iglesia tiene para la conciencia. Como bien dice el Papa, la Iglesia “está llamada a formar las conciencias, no a pretender sustituirlas”¹².

6.- DIOS ACTÚA A TRAVÉS DE MEDIACIONES HUMANAS

6.1.- Dios, causa primera que actúa en y a través de las causas segundas

La presencia de Dios en la historia, por tanto, se realiza a través de la mediación de los creyentes y de las personas de buena voluntad, incluso si no son creyentes pues, como bien dijo Tomás de Aquino, “toda verdad, la diga quién la diga, procede del Espíritu Santo”¹³. Y remacha su convicción afirmando que “incluso lo verdadero que anuncian los demonios procede del Espíritu Santo”¹⁴. Toda bondad, toda belleza, toda justicia, todo lo que contribuye a la dignidad de las personas, vengan de donde vengan, proceden del Espíritu Santo.

Dios, en este mundo y en su historia, no actúa ni directa, ni automática, ni mágica, ni espontáneamente. Actúa respetando el modo de ser de la realidad y de las personas. Si actuase directamente dejaría de ser trascendente y se convertiría en una causa mundana, en un elemento de este mundo¹⁵. El *Catecismo de la Iglesia Católica* reconoce que “Dios es la causa primera que opera en y por las causas segundas... Esto no es un signo de debilidad, sino de la grandeza y bondad de Dios todopoderoso. Porque Dios no da solamente a sus criaturas la existencia, les da también la dignidad de actuar por sí

¹¹ *Amoris Laetitia*, n. 304; *Suma de Teología*, I-II, 94,4. Ver también: CRISTOBAL AGUILAR, JOSÉ LUÍS FERRANDO y MARTÍN GELABERT, *Tomás de Aquino. La ley natural*, Diálogo, Valencia, 2012, 41-45.

¹² *Amoris Laetitia*, 37.

¹³ *Suma de Teología*, I-II, 109,1, ad 1.

¹⁴ *Suma de Teología*, II-II, 172,6, ad 1.

¹⁵ “Dios no es un objeto intramundano con el cual se cuente como se cuenta con otros objetos: es un principio de luz y de fuerza que determina toda la realidad exterior y toda la vida interior” (OLEGARIO GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Ciudadanía y cristianía*, Encuentro, Madrid, 2016, 160).

mismas, de ser causas y principios unas de otras y de cooperar así a la realización de su designio”¹⁶.

En la naturaleza Dios actúa a través de los procesos naturales. En la historia actúa a través de las personas. Pero como las personas, por naturaleza, son libres, Dios actúa a través de la libertad del ser humano¹⁷. Ciertamente, a veces la Escritura atribuye a Dios una acción directa sobre los acontecimientos, no solo sobre los buenos, sino también sobre los malos (por ejemplo: Lam 3,38). Esto no debe confundirnos. Hay que tener en cuenta que la revelación se expresa condicionada por una cultura y una mentalidad muy alejada de las nuestras. Por eso, la Iglesia siempre ha distinguido entre el mensaje salvífico y el ropaje literario y filosófico con el que se transmite este mensaje¹⁸. La experiencia de los tiempos y una mejor comprensión de la realidad física y antropológica nos ayuda no solo a expresar de “otro modo” el mensaje revelado, sino a investigarlo, comprenderlo y expresarlo mejor¹⁹.

Al actuar a través de los seres humanos Dios necesariamente tiene que respetar su libertad, so pena de convertir la persona en un robot y, por tanto, de negar la dignidad que él mismo le ha dado. Ahora bien, cuando decimos que Dios actúa a través de la libertad no estamos diciendo sólo que la persona debe consentir a los impulsos divinos, en el sentido en que un subordinado puede decir “sí” o “no” ante lo que se le propone o se le manda. La persona humana es libre en un sentido más profundo. Es libre porque es capaz de encontrar soluciones por ella misma. No solo es capaz de decidir en un sentido o en otro (es libre), sino que por su inteligencia y su imaginación es capaz de buscar soluciones, de imaginar posibilidades, de encontrar modos de llevar adelante los proyectos, de resolver los problemas.

En esta libertad inteligente e imaginativa está la imagen de Dios: Dios es libre y creador. La persona, hecha a su imagen es libre y creadora. Y cuando orienta su libertad hacia el bien, entonces es cuando actúa “según Dios”, aunque las soluciones y respuestas, como ya hemos dicho, sean humanas y la responsabilidad de estas respuestas sea del ser

¹⁶ Números 308 y 306

¹⁷ Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma de Teología*, I-II,113,3

¹⁸ “Nosotros no debemos asumir ese ropaje cultural (en el que se expresa la Escritura) sino el mensaje revelado que subyace en el conjunto (de la Escritura)” (FRANCISCO, *Amoris Laetitia*, 156)

¹⁹ *Gaudium et Spes*, 58.

humano. Como dice Tomás de Aquino “la criatura racional participa de la providencia (divina) como tal, y es providente para sí misma y para las demás cosas”²⁰.

6.2.- *Bajo las condiciones del mundo. La ambigüedad de las situaciones*

Precisamente porque actúa por medio de causas segundas y de la libertad humana, la acción de Dios en el mundo gracias de los impulsos de su Espíritu, puede chocar con otras libertades y con otros “espíritus” que no provienen de Dios. Entonces, el cristiano se ve obligado a tener que contar con ellos, o dicho de otro modo, a contar con la realidad. A veces esta presencia de otros espíritus puede conducir al martirio, pero normalmente a dónde conduce es al trabajo, al esfuerzo, a la adaptación e incluso al combate por la justicia, en sus distintas variantes, según cuál sea la realidad y el momento en el que vivimos.

Por ejemplo, la presencia de los cristianos en política, presencia necesaria y urgente, tiene que contar con el pluralismo de ideas y propuestas, representadas por los distintos y, a veces, distantes partidos y, por eso, muchas veces no es posible en estos terrenos realizar totalmente los ideales evangélicos. En política hay que respetar las posiciones del otro y, a veces, hay que negociar con propuestas diferentes a las que uno defiende. La Iglesia es consciente de que su propuesta moral es una más en el concierto de aportaciones a una sociedad abierta, libre y compleja²¹. ¿Cómo se hace entonces presente Dios en esta historia?

Dicho de otra manera: ¿cómo debe actuar un cristiano en política? Evidentemente, buscando el bien y oponiéndose al mal. Pero a veces, en las condiciones inevitables de este mundo, se verá forzado a buscar modos para que el mal no se haga dueño de todo el campo de la historia. En este campo actualmente crecen el trigo y la cizaña. El dueño del campo les deja crecer, a la espera del momento oportuno de separarlos y de quemar la cizaña. Mientras tanto, tienen que convivir. Por eso, la

²⁰ *Suma de Teología*, I-II, 91, 2.

²¹ “Por más que se repita como acusación contra la Iglesia, esta no reclama que la moral cristiana sea la única moral de la sociedad española. Ella ofrece a todos su específica teología moral en el concierto de aportaciones a una sociedad abierta, libre y compleja. Dentro de ella hemos reclamado la existencia de una ética civil, a la que desde su orden propio quiere colaborar la ética cristiana, siendo bien consciente de que la ética civil es como un río al que llevan su agua muchos afluentes de una y otra ribera” (O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, o.c. en nota 14, 158). Por este motivo “la historia y la convivencia del cristiano con el no cristiano puede llevar consigo choques y tensiones” (Id, 160). “Los preceptos cristianos deben ser llevados a la práctica bajo las condiciones del mundo” (WALTER KASPER, *La misericordia*, Sal Terrae, Santander, 2013, 143).

presencia de Dios en el campo de la historia se realiza en ocasiones de forma parcial. Esto se traduce de muchas maneras: mal menor, objeción de conciencia, o bien posible.

Pongo dos ejemplos, en los que voy a citar a Juan Pablo II y a un grupo de Obispos, aunque asumo toda mi responsabilidad si los interpreto mal. El Papa polaco se planteó un caso que, según él, “no era raro”, a saber, el de un parlamentario católico cuyo voto fuera determinante para favorecer una ley más restrictiva dirigida a restringir el número de abortos autorizados, como alternativa a otra ley más permisiva ya en vigor o en fase de votación. En este caso, el parlamentario puede lícitamente (dice el Papa, o sea, según los criterios morales de su conciencia católica) ofrecer su apoyo a propuestas encaminadas a limitar los daños de esa ley y disminuir así los efectos negativos en el ámbito de la cultura y de la moralidad pública²².

Por su parte los Obispos de la Provincia eclesiástica de Valencia, emitieron una nota ante las elecciones del 21 de junio de 2016. Conscientes de que había algunos cristianos que estaban tentados de votar a partidos que quizás en teoría podían apelar a principios católicos, pero sin ninguna posibilidad real de tener un solo parlamentario, llamaban a votar teniendo en cuenta la realidad y la situación. No se trata, dijeron los Obispos, “de contentarnos con el mal menor, sino que habrá que intentar conseguir el bien posible”²³. El “bien posible” en este caso no pasaba por votar a esos partidos supuestamente muy católicos. Algunos podían pensar que ese era el bien mejor o el bien ideal. Pero no era el bien posible. Me parece a mi que los Obispos eran bien conscientes de que el bien posible pasaba por votar a un partido (el que fuera) cuyo programa no podía pretender identificarse con la totalidad de la moral católica. Eso significa que, en su libertad y en su conciencia, cada cristiano debía valorar a qué partido votar teniendo en cuenta la realidad española del momento, no buscando el bien deseable o el mejor bien (porque en este caso no lo había), sino las posibilidades limitadas de bien en aquel momento concreto. El bien deseable o el bien mejor puede no ser posible en una situación compleja. Buscar el bien ideal puede ser un modo de perder el bien posible y

²² *Evangelium Vitae*, 73.

²³ <http://paraula.org/opinion/ante-las-elecciones-generales/>. De “bien posible” habla FRANCISCO en *Amoris Laetitia*, 308 y en *Evangelii Gaudium*, 45. Ofrezco un caso concreto del ámbito directamente político. Tras la firma del acuerdo de paz (que ponía fin a 52 años de guerra civil) entre el Gobierno de Colombia y las FARC, el jefe negociador del Gobierno, Humberto de la Calle, reconoció: “probablemente todos hubiéramos querido algo más, pero el acuerdo logrado es el acuerdo viable, el mejor acuerdo logrado posible” (*El País*, 26 de agosto de 2016, 14; *El País*, 27 de agosto de 2016, 2). El que los seres humanos puedan vivir en paz dentro de la discrepancia es el bien posible que ha conseguido la política (que algunos califican de arte de lo posible).

encontrarnos con el mal mayor. Es la tentación de los fundamentalismos. De ahí, como ya hemos dicho, la necesidad de leer bien los signos de los tiempos, porque esta buena lectura nos ayuda a entender y aplicar los principios de la revelación en el aquí y ahora concreto de una situación.

7.- PRESENCIA DE DIOS EN LA HISTORIA: ¿DÓNDE ENCONTRARLE? ¿CÓMO ACTÚA?

La vida, para la mayoría de nosotros, es bastante más normal y más aburrida que la que reflejan los dos ejemplos que acabo de mencionar: seguramente nuestra influencia política es limitada y no nos encontramos frente a situaciones donde tengamos que tomar decisiones delicadas. Nuestra vida transcurre pacíficamente entre nuestro trabajo, nuestra familia, nuestras relaciones y amistades. En la normalidad de la vida es dónde, si somos cristianos, tenemos que preguntarnos cómo se hace presente Dios en nuestra historia, cómo vivir en su presencia y cómo encontrarle. En teoría (porque luego en la práctica las cosas no funcionan exactamente así) parece fácil encontrar a Dios en situaciones extraordinarias; lo difícil, a veces, es encontrarle en la vida ordinaria

Termino estas reflexiones teológicas con un pequeño ensayo de teología narrativa que responda directamente a estas dos preguntas: ¿dónde encontrar a Dios en nuestra historia?, ¿cómo actúa Dios en nuestra historia?

La primera pregunta encuentra una buena respuesta en la parábola del juicio escatológico (Mt 25,31-46). En ella el rey de este juicio final y definitivo explica a unos y otros que se habían encontrado con él o le habían rechazado, aunque no se hubieran enterado ni del encuentro ni del rechazo, cada vez que se encontraban con el pobre, el hambriento, el desnudo, el enfermo o el necesitado: “a mí me lo hicisteis o no me lo hicisteis” cada vez que atendíais o desatendíais al indigente, dice el rey ante la sorpresa de unos y de otros. O sea, yo estaba allí, presente en el pobre y en el enfermo, y allí se me podía encontrar.

La segunda pregunta, cómo actúa Dios en nuestra historia, queda respondida en otra parábola, la del samaritano misericordioso (Lc 10,29-37), que deja sus ocupaciones para atender a un enemigo, herido al borde del camino, y gasta su dinero para que sea curado y rehabilitado. Este samaritano, extranjero de mala fama, es la viva presencia de Dios para el herido. Dios se hace presente en el necesitado por medio del prójimo que se acerca para aliviarle y atenderle.

La parábola del juicio final nos indica dónde encontrar a Dios en nuestro mundo. La del samaritano nos indica como ser nosotros portadores de Dios en nuestro mundo. Cada vez que miramos al hermano con la mirada de Cristo, la mirada de la fe, y cada vez que nos acercamos al hermano con el amor de Cristo, hecho de ayuda, perdón y misericordia, allí Dios se hace presente en nuestra historia y nosotros somos presencia de Dios en la historia del otro.